

Adí Nativ
Ivana Raschkovan
Noelia Schulz

NO

TAN

TERRIBLES



Límites y autonomía en la primera infancia.
Una mirada desde la crianza respetuosa

Adí Nativ
Ivana Raschkovan
Noelia Schulz

No tan terribles

**Límites y autonomía en la primera infancia.
Una mirada desde la crianza respetuosa.**

Introducción

¿Por qué cuestionarlo todo?

¿Por qué hablar de crianza respetuosa?

Este libro nace desde una concepción no tradicional de la crianza: un paradigma que hoy se conoce como “crianza respetuosa”. Pero ¿qué es la crianza respetuosa? Lo primero que podemos decir es que, durante muchos siglos, se concibió a la infancia como un lugar pasivo, inferior y vacío. Un espacio que había que llenar de “límites”, reglas y conocimientos.

La palabra “infancia” viene del latín *infantia* que significa, según distintas traducciones: “el que no habla” o “quien no sabe hablar”. Algunas personas consideran que otra posible interpretación sería “los sin voz”, sin embargo su sentido no era tan literal: para los antiguos romanos esta palabra refería a personas de poca edad que aún no podían expresarse jurídicamente (hablar era, en realidad, hablar en público o “hacer política”). Y una frase común en el siglo XIX decía que los niños debían “ser vistos, pero no oídos”.

Sea como sea, sí es cierto que durante demasiado tiempo los más pequeños han sido silenciados, relegados, subestimados e incluso, maltratados. **Afortunadamente, hoy somos muchas las personas que entendemos que niños y niñas son sujetos activos que merecen respeto como cualquier persona. Sujetos con derechos, preferencias, emociones,**

necesidades, capacidades y deseos; sujetos que merecen ser escuchados y tenidos en cuenta; sujetos competentes en quienes es posible confiar y de quienes es posible aprender.

Trabajamos desde esta mirada como equipo interdisciplinario ofreciendo espacios de reflexión para familias y profesionales. Este libro se gestó poquito a poquito, en cada una de las múltiples ediciones de nuestro taller “Los ¿terribles? dos años”, espacio por el cual ya han transitado más de doscientas sesenta familias.

La franja de edad que abarca desde el año y hasta los tres o cuatro años, aproximadamente, suele ser una gran sorpresa para madres, padres y otros cuidadores. Las personas adultas se encuentran con que su (hasta hace poco) bebé de pronto se impone, ya no acepta sus propuestas y defiende sus deseos con la furia de un huracán. Buscando dar lugar a estas inquietudes, nació el taller, un espacio que busca romper esquemas y propone un encuentro abierto a la reflexión: colaborativo, horizontal, interactivo, en donde las familias tienen un rol central. Sus experiencias, sugerencias, ideas y preocupaciones son compartidas con el grupo y todas las temáticas que surgen en la ronda son anotadas en una pizarra para luego crear un “*top ten* de temas candentes”.

Creemos que lo verdaderamente enriquecedor es el encuentro, la comunicación y la identificación. Escuchar a otras personas en un rol de cuidadores que tienen las mismas dudas, los mismos miedos, las mismas inquietudes. En la actualidad solemos criar en soledad y aislamiento, con pocos referentes y con muchos mandatos. Encontrar espacios que propicien el encuentro entre pares produce alivio y genera la sensación de saberse acompañado en este camino (que no es nada fácil... ¿alguien habrá dicho alguna vez que criar era fácil?).

Para nosotras, la mirada es siempre interdisciplinaria: desde la salud mental y física, desde la prevención, desde la comunicación, desde la evidencia actualizada, desde las ciencias sociales. **Concebimos la crianza no como un hecho privado e individual, sino como un suceso público y social, donde la responsabilidad debería ser compartida.** Criar es alimentar, cuidar y educar a un ser vivo hasta que pueda valerse por sí mismo. ¿Alguna vez pensaron en las enormes implicancias que tiene esto? No solamente criamos a las futuras generaciones y dejamos un legado, además cuidamos a diario a niños y niñas que son personas hoy.

La crianza es un lugar privilegiado donde se entrelazan lo público y lo privado, lo colectivo y lo individual, el futuro y el presente, la teoría y la práctica, la adultez y la niñez, la dependencia y la independencia. Necesitamos, como sociedad, cuidar a quienes cuidan y comenzar a concebir la crianza como el eje social fundamental que es. Por eso, quienes levantamos la bandera de la crianza respetuosa estamos proponiendo un cambio paradigmático. Abogamos por otro modo de entender, no solo la infancia y las relaciones familiares, sino también las tareas de cuidado en torno a ellas.

Este libro no es una guía para familias ni un manual de instrucciones. Estamos viviendo momentos históricos, de grandes cambios culturales, y esto también implica abandonar la idea de decir a las personas lo que tienen que hacer. La crianza debería ser respetuosa de todos los actores intervinientes, incluidas las personas adultas. Creemos que cada familia es una microcultura con características y necesidades propias, que merece ser respetada en sus decisiones, mientras las mismas se realicen con fundamentos y en un marco de adhesión a los derechos de niños y niñas.

No existe la perfección. Si existiese, ¡qué tedioso sería el mundo! Todas las personas que criamos nos equivocamos y aprendemos todos los días. Este texto invita a la reflexión en base a la información y la experiencia, con el fin de que cada familia pueda pensar qué crianza desea, qué necesita para que eso sea posible, y qué puede y qué no puede ofrecer; con honestidad y sin la interferencia de opiniones, prejuicios, mandatos, dogmas ni mitos. Quien conoce a ese niño o a esa niña que está ahí enfrente es su familia. Nadie sabe más sobre sus necesidades, características y posibilidades. La clave es mirar sus ojos, leer sus expresiones y conectar. **Por eso el protagonismo es “puertas adentro”: creemos que cada familia es capaz de hacer posible que la crianza sea un espacio de disfrute, tolerancia y paz.**

¿Por qué cuestionarlo todo? Siempre que hablemos de cambio, encontraremos resistencia. Personas que afirmarán cosas como “conmigo lo hicieron así y tan mal no salió”. Para pensar esto juntos les vamos a contar un cuento zen que se llama *El gato atado*. Resulta que un día el maestro y sus discípulos comenzaron su meditación de la tarde, pero el gato que vivía en el monasterio hacía tanto ruido que los distraía, así que el maestro pidió que lo aten. De esa manera fue, entonces, cada tarde: alguien iba y ataba al gato antes de la práctica. Algunos años más tarde el maestro murió, pero el gato continuó siendo atado a la hora de meditar. Finalmente, también el

gato murió, pero como los nuevos discípulos ignoraban el porqué de la acción de atarlo y pensaban que era necesario para su práctica diaria, trajeron un gato nuevo simplemente para atarlo durante las meditaciones. ¿Ridículo? Estas cosas pasan todos los días. Algunos rituales que nacen por casualidad (o conveniencia) se pueden convertir en creencias absurdas que se traspasan de generación a generación. ¿Cuántos gatos atados tendremos en nuestras opiniones en torno a la crianza?

Nuevos paradigmas

La mayoría de los adultos que hoy estamos mater/paternando hemos sido criados bajo el paradigma adultocéntrico patriarcal. Esto quiere decir que, cuando nosotros éramos niños, no se tenían tan en cuenta nuestras necesidades, nuestros deseos y opiniones. **El discurso adultocéntrico se caracteriza por plantear una relación social asimétrica entre el niño y el adulto a través de una relación de dominación y ostentación de poder.** Sin embargo, la relación entre un adulto y un niño siempre es asimétrica porque el adulto (se supone) es una persona con un aparato psíquico desarrollado, maduro y responsable por sus actos, cuya función es brindar cuidado; mientras que el niño es un ser inmaduro, dependiente, cuyo psiquismo está en desarrollo y en vías de constitución, y que no podría sobrevivir sin el auxilio ajeno. **Pero no por esto los niños y las niñas son menos sujetos de derechos que las personas adultas.**

El discurso adultocéntrico ha tendido durante siglos a vulnerar estos derechos a través de distintas formas de violencia física y simbólica, abusos sexuales y diferentes formas de cosificación de la infancia. Incluso mediante prácticas cotidianas y socialmente naturalizadas se han ejercido —y aún hoy se siguen ejerciendo— violencias invisibles hacia los niños y las niñas. Maltratos cotidianos que erosionan el vínculo entre los niños y los adultos cuidadores en los tiempos más delicados y decisivos del desarrollo de un ser humano. **Si comprendemos que las huellas de estas primeras experiencias**

marcarán y dejarán un trazo indeleble en los caminos de ese sujeto para el resto de su vida, no es sin consecuencias que los niños y las niñas hayan sido concebidos en términos de objetos a dominar (o salvajes a domesticar) durante siglos en nuestra cultura occidental.

Desde este paradigma, en el cual la persona adulta es el único referente social, los niños debían adaptarse y acoplarse a las necesidades de la vida adulta. Mediante este argumento se han naturalizado sistemáticamente los malos tratos hacia los niños en cualquier ocasión en la cual ellos no cumplieran con este mandato. Básicamente, el fin justificaba los medios.

Para contrarrestar este paradigma adultocéntrico, el discurso de la crianza respetuosa no busca equiparar el niño a un adulto ni invertir los roles de cada uno. Esto, incluso, sería perjudicial y atentaría contra el desarrollo emocional de ese niño o niña. La asimetría es inherente a la relación y no se puede borrar. **El paradigma de la crianza respetuosa como discurso social —y no como disciplina ni doctrina, como a veces se tiende a confundir— apunta a una posición ética, social y política.** Este discurso, en creciente expansión a nivel mundial, está orientado a concebir al otro como semejante en términos de ser humano que, por ese motivo, merece recibir el mismo respeto. Las funciones y las diferencias en los roles son claras, pero el respeto no cambia si ese otro es un niño, un adolescente, un adulto o un anciano. **El respeto entre el niño y el adulto es recíproco aunque la relación sea asimétrica.**

La crianza respetuosa, tal como la entendemos, no busca construir una técnica ni un mandato, es simplemente un modo de concebir a los niños y a las niñas como sujetos políticos y sociales, cuyos derechos son superiores al derecho de todos los seres humanos, tal como lo establece la Convención de los Derechos del Niño, que en el 2019 celebró su treinta aniversario. Esta posición ante la infancia, basada en evidencias de peso, está orientada a ofrecer contextos facilitadores a través de los buenos tratos, promoviendo la proliferación de factores protectores del desarrollo emocional y la disminución de los factores de riesgo (o interfirientes). **En este sentido, criar desde el respeto no busca “obtener resultados”, no tiene un fin utilitarista,** sino que apunta a la salud y a la prevención del sufrimiento psíquico de niños y niñas. Y por este motivo creemos que el discurso de la crianza respetuosa debería formar parte de todas las políticas públicas que apunten a la protección de los más pequeños.

Desde esta mirada, concebimos que el discurso de la crianza respetuosa debe incluir a las nuevas configuraciones familiares desde una perspectiva de género. Hoy ya no podemos seguir pensando en términos de la “familia tipo”: mamá, papá, hijo e hija. Las familias son diversas y los roles han mutado. Hay familias ensambladas, monoparentales y homoparentales, y un sinfín de posibles combinaciones. Hay padres que hacen trenzas y madres que juegan al fútbol. Tíos que cambian pañales y abuelas que hacen asados. Familias donde no existen los roles predeterminados. Sin embargo, las construcciones culturales que definen “lo femenino” y “lo masculino” y que (no tan en el fondo) esconden la desigualdad entre géneros —en claro detrimento de la mujer—, siguen rigiendo gran parte de las prácticas de crianza. Deconstruir estereotipos, nombrar aquello que no se nombra, visibilizar las diferencias, escribir en forma polifónica y hacer un humilde aporte hacia una sociedad más justa y equitativa son algunos de nuestros mayores deseos.

Por otro lado, **nos distanciamos de la concepción “bebecéntrica” o “niñocéntrica” que busca revertir el discurso adultocéntrico mediante el recurso de invertir la polaridad niño/adulto.** La crianza respetuosa no se trata de descuidar ni desconocer las necesidades y deseos de los adultos cuidadores —que también son sujetos con su propia historia y singularidad—, sino de poder construir un equilibrio dentro de cada núcleo familiar con su propia cultura y recorrido, donde el centro no sea un lugar fijo y estanco, sino un lugar móvil.

¿Por qué poner el foco en esta etapa de la infancia? Según Unicef, las niñas y los niños que no reciben la nutrición y estimulación que necesitan, y/o están expuestos a violencia, abuso, negligencia y experiencias traumáticas, enfrentan un mayor riesgo de tener un bajo nivel de desarrollo cognitivo, físico y emocional. **En la región de América Latina y el Caribe, más de tres millones de niñas y niños entre tres y cuatro años no tienen un desarrollo temprano adecuado para su edad.** Esto es urgente: como ya dijimos, no solo son las futuras generaciones, ellos y ellas son sujetos de derecho hoy. La calidad de los vínculos durante la primera infancia puede aumentar la probabilidad de que tengan un presente justo y un futuro más prometedor.

Deconstruir lo que pensábamos como universal, cuestionar mandatos, repensar prácticas, buscar otras maneras y construir democráticamente reglas en familia, entendemos que son algunos de los senderos para recorrer

este cambio de paradigma. Para ello debemos estar abiertos al cambio, la revisión continua, saber que algo que decimos hoy puede modificarse ante la evidencia nueva y que eso también es parte de la vida.

La difícil tarea de criar en soledad

Criar en la época actual no es tarea sencilla. Las familias solemos estar muy solas. Seguramente conocen el antiguo dicho “para criar a un niño hace falta una tribu entera”, pero en el siglo XXI, la mayoría de las personas que elegimos criar nos encontramos en soledad, sin la famosa tribu y, en muchos casos, sin siquiera la presencia de la familia ampliada. Llevar adelante una crianza en este contexto tiene sus consecuencias, sobre todo para las madres. **Un estudio del 2016 de la Universidad de Cornell denominado “Cómo los padres ven: el bienestar subjetivo de madres y padres a tiempo con los niños” concluyó que las madres tienen mayores niveles de estrés y más cansancio que los padres.** Somos las mujeres, en la gran mayoría de los hogares con niños, quienes cargamos con más responsabilidades referidas a su cuidado y tenemos menos tiempo libre disponible.

Ese combo nos hace más propensas al agotamiento (el famoso *burnout*). Hacemos mucho y también pensamos demasiado: nuestra carga mental se multiplica infinitamente. Pedir orden para las vacunas, hacer la inscripción escolar, ir a comprar ropa porque no le entra nada, sacar veintiocho turnos médicos, idear almuerzos más saludables, pagar todo eso que se está por vencer, ordenar de nuevo los juguetes porque se mezcló todo, lograr que la pila de ropa sucia descienda... etcéteras varios.

Esta realidad cotidiana va en claro detrimento de lo que se necesita para criar: un clima de seguridad, estabilidad, respeto y amor. Por eso queremos destacar la importancia del autorrespeto y el autocuidado, temas de los cuales se habla poco en el “universo crianza”. En definitiva, nadie puede dar lo que no tiene. **Una persona adulta regulada, acompañada y contenida será capaz de regular, acompañar y contener con mayor facilidad.** Por eso

mismo generamos espacios colectivos de encuentro, como nuestros talleres. Lugares donde las familias puedan ponerse en contacto con otras familias, escucharlas, entenderlas, ofrecerles una palabra de aliento y poner en práctica la empatía (que a veces tanta falta nos hace socialmente). Y ¿por qué no?, también encontrar un grupo de pertenencia para criar en tribu.

A lo largo de este libro utilizamos el género masculino como genérico por cuestiones de estilo y redacción, intentando usar, siempre que sea posible, palabras que incluyan a todo el universo de personas y familias, doblando los sustantivos en otras ocasiones e intercalando también el femenino en oraciones y ejemplos. Esperamos que quienes lean los capítulos que siguen a continuación se sientan representados y representadas.

CRIANZA RESPETUOSA Y DISCAPACIDAD

por **María Fernanda Iroumé** (terapista ocupacional, estimuladora temprana y profesional en porteo)

Criar a un hijo y criar a un hijo con discapacidad no debería tener distinción. Sin embargo, en la realidad esto no siempre es así. Desde el momento en que un niño presenta desafíos del desarrollo, comienza una seguidilla (en muchos casos necesaria) de intervenciones que nada tienen que ver con el ideal que tratamos de construir aquellos que militamos por las infancias respetadas. Empezando por el marco legal de la atención temprana en discapacidad, que plantea como objetivo primario la separación del niño y la familia, siguiendo por la atención institucional, apurada y llena de nomenclaturas que organizan conjuntos de signos y síntomas, la visión de un sujeto real, de un niño dentro de una familia, queda desdibujado, y sus derechos, tales como el juego, parecen quedar en un segundo plano.

En la mayoría de los casos, la medicalización y la implementación de tratamientos de múltiples disciplinas son el camino a seguir y la decisión más respetuosa.

Sin embargo, no es ese el problema, sino la forma en que los profesionales nos posicionamos. Es necesario que el término “crianza” comience a ser parte del currículo de aquellas profesiones que acompañan el desarrollo infantil.

Comenzar a interrogarnos sobre cuál es nuestro rol y aprender a alojar sin anular ni infantilizar. Poder comprender que, como dice Ivana Raschkovan, “el respeto no es solo una palabra, sino una posición ética”, y debe ser la brújula de nuestro razonamiento clínico, que implica el conocimiento profundo de los derechos de los niños y sus familias, y el compromiso con su cumplimiento. También representa el gran desafío de, cuando hablamos de equipo terapéutico, incluir a la familia con sus creencias, hábitos, rutinas, rituales, saberes y emociones.

El diagnóstico de discapacidad de un hijo supone un duelo, pero un duelo sin posibilidad de detenernos, y jamás debería representar una renuncia a tomar nuestras propias decisiones de crianza. Por el contrario, nos sume a las familias en el gran compromiso de no delegar semejante responsabilidad en otros, sino de involucrarnos al punto de poder ejercer nuestro derecho a la autodeterminación en forma responsable y respetuosa de las necesidades específicas que nuestro hijo presente. Que ningún diagnóstico nos deje afuera de esta maravillosa revolución de la crianza.